

LA SUPERACIÓN POSITIVA DE LA GUERRA CIVIL, LA ASIGNATURA PENDIENTE DE LA TRANSICIÓN

Santiago Vega Sombria

0. Introducción

“La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado y el esfuerzo por comprender el pasado resulta igualmente vano si se desconoce por completo el presente”. La frase de M. Bloch me sirve para introducir el tema del silencio que recayó durante la transición sobre ciertos temas relacionados con la guerra civil y el régimen que surgió en ella: el franquismo. Uno de los aspectos más candentes fue la represión ejercida contra los oponentes políticos durante la guerra y contra los vencidos a la finalización de la misma.

Este silencio pactado por los artífices de la transición originó, en mi opinión, que la guerra civil española no se haya superado, todavía, en el siglo XXI, de un modo natural ni sosegado. A esa conclusión he llegado tras varios años de investigación sobre la represión franquista en la provincia de Segovia durante la guerra civil. Para la realización de un estudio de estas características es necesario consultar diversas fuentes, que incluyen estamentos civiles, militares y religiosos, a nivel público y privado.

En la experiencia vivida en la búsqueda de información sobre la represión franquista durante la guerra civil no todo han sido facilidades, al contrario, he tropezado con distintas y variadas dificultades en los diversos ámbitos de la investigación, a

nivel institucional y a nivel privado. En todos ellos se han encontrado trabas para la investigación, siempre alegando la manida excusa del “no desenterrar viejas heridas”.

Por si las “trabas institucionales” no fueran suficientes, a la hora de hablar con los posibles testigos o familiares de represaliados, también se choca con algunas personas que no desean que se estudie la represión.

Esta problemática trasluce que la guerra civil aún no ha sido superada definitivamente en todos los ámbitos de la sociedad española, pues todavía no se puede abordar con normalidad el estudio de la represión franquista durante nuestra contienda. Al utilizar la eterna justificación de no “desenterrar viejas heridas” se demuestra que las heridas no están curadas, simplemente están cubiertas por el silencio y el olvido que impuso la transición como contribución necesaria en aras de la “reconciliación nacional”.

1. Problemática para la investigación de la represión franquista

1.1. “Trabas institucionales”

Pasados 25 años de la muerte de Franco y desaparecido su régimen político, todavía los investigadores chocamos con trabas en algunas instituciones. Aún quedan archivos donde las facilidades para la investigación, o simplemente que ésta se pueda llevar a cabo, dependen de las personas que los dirigen.

Estos hechos dan idea de hasta qué punto se sigue considerando la guerra civil como un capítulo no cerrado de nuestra historia a pesar de haber transcurrido más de sesenta años desde que concluyó la lucha fratricida.

Por un lado, tropecé con las limitaciones puestas por algunos organismos oficiales de la administración, encargados de la custodia de documentos históricos –concretamente la Audiencia Provincial– personificada en la secretaria, y secundada por el director del Archivo Provincial, que impidieron sistemáticamente, en reiteradas ocasiones, la consulta de la documentación generada por las distintas instituciones implicadas en las labores represivas: administración de justicia (sumarios civiles, expedientes de fallecimiento) y Comisión Provincial de Incautación de Bienes (expedientes personales).

En principio, como cualquier otro investigador, solicité a la dirección del archivo la correspondiente autorización para su consulta, a lo que el director respondió que al ser material sensible y todavía vivir algunas de las personas afectadas o familiares de las mismas era necesario la autorización expresa de los interesados, sin duda en la creencia de que no conseguiría ninguna. Creo que es la práctica habitual de poner dificultades con el objetivo de que el investigador no oponga resistencia, se canse y abandone. En estas ocasiones hace falta tesón y tenacidad, para no dejarse vencer. Al cabo de cierto tiempo conseguí 9 autorizaciones, pero ya no era suficiente presentar la autorización ante el director del archivo, éste había cambiado los requisitos, ahora consideraba necesario adjuntarlas a una solicitud dirigida a la presidencia de la Audiencia Provincial de Segovia, pues según el criterio del director, esta institución era la titular de los fondos de los que sólo el archivo era simple depositario sin autoridad sobre ellos.

La respuesta de la secretaria de la Audiencia fue negativa, por lo que fue recurrida no sin antes entrevistarme con el presidente de la Audiencia, quien dio buenas palabras pero delegó en la secretaria, que volvió a denegar la autorización. La argumentación esgrimida para la negación del pertinente permiso era, en mi opinión, un tanto trasnochada y provinciana, pues según sus palabras, los fondos a consultar recogían *“actuaciones diversas que afectan aún de manera especialmente sensible en el reconocimiento o por el contrario en la desconsideración absoluta social, en definitiva, al honor y ponderación social por parte de sus conciudadanos”*¹. Es curioso observar cómo estas razones 20 años después son muy similares a las excusas que le alegaron a Reig Tapia cuando le negaron en 1979 el acceso a los fondos del Servicio Histórico Militar *“(...) dado lo relativamente poco tiempo transcurrido no hace aconsejable dar aún el calificativo de histórico a tal acontecimiento (guerra civil), máxime teniendo en cuenta que muchos de sus protagonistas viven todavía en la actualidad...”*².

Ante esta segunda negativa no quedaba más opción que el recurso ante el Consejo General del Poder Judicial para que amparase el derecho del investigador a la consulta de los fondos solicitados. El Consejo dictaminó conforme a la ley

1. Resolución del acuerdo de la Audiencia Provincial de Segovia, con fecha 31 de julio de 1998, denegando el permiso solicitado por este investigador.

2. REIG TAPIA, A., *Ideología e Historia: sobre la represión franquista y la guerra civil*. Akal, Madrid, 1986, p. 24.

autorizando la investigación, pero poniendo en manos de la secretaria de la Audiencia el mecanismo de consulta, la que en un último intento de entorpecimiento no permitió realizar fotocopias de la documentación consultada.

En otras instituciones plantearon trabas de índole menor, pero en todas ellas se palpaba el malestar por el fin de la investigación.

El capellán del cementerio de Segovia aceptó de mala gana la decisión del ayuntamiento de autorizar la consulta de los libros de enterramientos. Preguntaba de nuevo para qué se sacaban los temas de la guerra, para él no era conveniente “desenterrar a los muertos de nuevo”.

También algún secretario de Juzgado no ha visto con buenos ojos la investigación y, alegando una “normativa reciente” que nunca llegaron a mostrar, decía que no se podían consultar los libros de defunciones de los registros civiles (que dependían de su autorización) sin una orden expresa del Juzgado de 1ª Instancia o una solicitud por escrito. Ante mi insistencia, parece que los argumentos no eran tan imponderables y terminaban facilitando los libros.

En los archivos militares, al contrario de lo que pensaba al principio de la investigación, no hubo más dificultades que las de los largos trámites para conseguir la autorización. Cuando me dirigí al archivo del Gobierno Militar de Segovia, en un principio me informaron que simplemente era necesaria la autorización de los mandos provinciales, solicitud que cursé, a la que contestaron que era preceptiva la autorización de la 4ª Región Militar a la que pertenece Segovia, con lo que podía haber ahorrado el primer trámite si me lo hubieran comunicado así primeramente.

1.2. Trabas “privadas” o “particulares”

A las dificultades de orden político y técnico reseñadas en el apartado anterior habría que añadir otras de carácter sociológico que paso a describir.

Este esfuerzo de recuperación histórica tropieza con el miedo de diversos sectores a que se divulgue la historia. Algunos esgrimen que investigar ciertos aspectos de la guerra y del franquismo es revanchismo o se hace con un fin vengativo. Pero como dice Reig Tapia: “¿Abordar la historia pasada, tratar la guerra civil de manera distinta a la empleada por la propaganda de la dictadura, es revan-

chismo? ¿Revanchismo de quiénes y ante quienes? ¿Sacar a la luz la historia oculta de los vencidos y reivindicarlos ante la Historia (en la que figuraban como asesinos) es revanchismo?³³”.

Para completar debidamente un estudio sobre la represión franquista durante la guerra civil se precisa además de la consulta de fuentes escritas (registros civiles, cementerios, archivos de los juzgados...) el trabajo de campo con entrevistas a los afectados directos de la represión o familiares, amigos, compañeros, vecinos... de los represaliados que ayuden a recomponer los hechos.

En la búsqueda de testigos me encontré con algunos problemas. Por un lado está el hándicap de los más de 60 años pasados desde aquellos sucesos, lo que origina que muchos testigos hayan desaparecido ya o hayan perdido las facultades físicas y mentales.

Pero, por otro lado, están las personas que manteniendo las facultades físicas y psíquicas en perfectas condiciones no quieren ni oír hablar del tema, lo que, en opinión de este investigador, es una consecuencia psicológica de la represión franquista que aún no se ha superado.

Sin ser estudioso de psicología, después de las numerosas entrevistas mantenidas, un total de 135, he podido llegar a algunas conclusiones sobre este tema. El terror, el miedo, el odio, el rencor, la venganza... son sentimientos que la represión despertó en muchos de los familiares de las víctimas.

La desaparición de la víctima de este modo tan injustificado como cruel cayó como una losa sobre los familiares. En numerosos casos no se volvió a hablar del suceso nunca más. Hay personas que ni siquiera han hablado en el ámbito íntimo familiar de aquellas vivencias de la guerra y la represión consiguiente. Se ha conversado con varios nietos que no saben de qué, ni cómo, ni por qué murieron sus abuelos.

A la mayoría de familiares de las víctimas, que eran católicos practicantes, les creó problemas de conciencia y de fe, pues veían con asombro cómo sus deudos eran ejecutados por los defensores de un orden y unos valores que también apoyaba la Iglesia. La misma Iglesia que hablaba de amor al prójimo negaba ayuda a

3. *Ibidem*, p. 43.

los condenados, no intercedía para conseguir los indultos, o se limitaba a ofrecerles la confesión y comunión antes de la ejecución. Muchos familiares dieron la espalda a esa Iglesia, que no trató de conciliar los bandos enfrentados en la guerra civil entre españoles.

Los sublevados tenían especial interés por atemorizar a los familiares, incluso a los más pequeños. Al poco tiempo de enterarse de la muerte de su padre, los falangistas le dijeron al hijo del alcalde de Navas de Oro, que tenía 6 años: *“como te muevas, has perdido al padre, y pierdes a tu madre y a toda tu familia”*. En palabras del propio testigo, *“te meten el miedo en el cuerpo que todavía no te ha salido”*, más de 60 años después. El entorno familiar de las víctimas almacenó un *“odio para siempre”* hacia los asesinos. Hay muchos hijos o hermanos de fusilados que ni perdonan ni olvidan. Otros se resignan asegurando que la venganza no la van a ver nunca.

El miedo y el terror afectaba a todos, fueran sospechosos o no por su pasado o presente, no adherido al Movimiento. Familias de víctimas que desconocían dónde habían sido enterrados sus muertos, preguntaron tiempo después a los enterrados, pero éstos no decían nada, o no sabían o no podían, pues estaban aterrorizados también.

Aún hoy continúa el miedo de muchas personas, algunos sueñan todavía con aquellos sucesos. Tan es así que en nuestros días es muy complicado hablar de estos temas. De hecho bastantes familiares se han negado a mantener una entrevista con el investigador porque no quieren oír mencionar sucesos que ni han olvidado, ni superado, ni perdonado. Se podría decir que se han impuesto una especie de auto-represión, un autocontrol para dejar aletargado ese recuerdo que se niegan a recordar. Quieren intentar olvidar a toda costa o no volver a hablar nunca de unos hechos que los han dejado marcados para toda la vida.

Ese miedo se palpaba también en algunas entrevistas, a veces era necesario que el investigador fuera avalado por un conocido del propio testigo, algunos de ellos insistían en que su nombre no apareciera en ningún escrito, otros directamente no decían su nombre.

La rabia es otro sentimiento generalizado entre los familiares de las víctimas. En muchos casos han permanecido viviendo en la misma localidad verdugos y

viudas, hermanos o hijos de ejecutados, lo que ha agravado el sufrimiento y el odio de éstos. Han tenido que coincidir en el bar, en la iglesia, en la tienda, en el ayuntamiento, etc. A lo largo de los años que han pasado desde la guerra, se han sucedido miradas, insultos, incluso algún enfrentamiento físico entre víctimas y verdugos.

El fusilamiento, la eliminación física del adversario y el peso de la propaganda y la educación dirigida durante cuatro décadas, han creado otro sentimiento en algunos familiares, el de avergonzarse de sus padres o abuelos, que fueron ejecutados por estar “confundidos”, por “no ser buenos españoles”. El hijo de un fusilado decía que si habían matado a su padre “*sería por algo*”.

Estas consecuencias psicológicas de la represión no se han superado porque tras el silencio obligado de la dictadura vino la frustración por el silencio obligado por los artífices de la transición. Desde las instituciones no se hizo nada por restaurar el recuerdo de las víctimas, de modo que los familiares se vieron otra vez represaliados, no pudieron dar salida a esos sentimientos durante tanto tiempo reprimidos.

2. La guerra civil, una herida abierta

La problemática con la que se tropieza el investigador para estudiar la represión franquista me hace llegar a la conclusión de que la guerra civil aún no ha sido superada por toda la sociedad española, tanto a nivel institucional como a nivel privado. Todavía no se pueden abordar con total naturalidad ciertos temas relacionados con la represión franquista durante nuestra contienda. Bajo el pretexto de no reabrir viejas heridas, lo que indica que éstas no habían sido curadas, únicamente habían sido cubiertas por el silencio y el olvido y siguen estando ahí. Lo más triste es constatar que así no se contribuye a restañar las viejas heridas cuya terapéutica tiene necesariamente que comenzar por restituir la verdad histórica al pueblo español, cuyo pasado ha de conocer sin tabúes. Mientras se cierran las puertas a la Historia ésta esperará pacientemente en el umbral para irrumpir, en cualquier momento, con todas sus imprevisibles consecuencias.

Con esta excusa se ha querido precisamente enterrar ese tema para no investigar responsabilidades, ni para tan siquiera restaurar el recuerdo de las víctimas. Éstas fueron completamente silenciadas, lo que parece lógico durante toda la dictadura,

pero, lo que es peor aún, en las dos largas décadas vividas desde la muerte del general Franco, no se han hecho los merecidos homenajes a los españoles que murieron por defender la legalidad republicana contra la sublevación militar. Ni siquiera se ha realizado un reconocimiento oficial de las víctimas de la represión franquista.

En muchas iglesias permanecen las placas con los nombres de los “*Caídos por Dios y por la Patria*”, ignorando vergonzosamente a los otros muertos que también eran españoles. De toda la provincia de Segovia, sólo en Coca figuran en una placa los seis vecinos de la villa fusilados por ser militantes de la Casa del Pueblo y haber organizado los actos de oposición a la sublevación militar. En el resto de la provincia no ha habido el más mínimo acto, ni la más pequeña mención en recuerdo de aquellos segovianos defensores de la legalidad republicana.

Otro detalle que denota claramente la no superación positiva de la guerra civil es que en la actualidad todavía permanecen las placas de numerosas calles y plazas alusivas a personajes o instituciones del bando vencedor de la contienda. No es lógico que ahora, cuando se habla tanto de que eran igual de españoles los que luchaban en ambos bandos enfrentados, sólo se vean en las calles los referentes de uno de los bandos, precisamente el que se sublevó contra la legalidad democrática y que instauró una dictadura que se prolongó durante cuatro décadas.

En las provincias pequeñas se agravan aún más los problemas generados por la no superación de la guerra civil. En provincias como Segovia, donde “nos conocemos todos”, cuesta más trabajo superar un trauma tan grande. Al mostrar mi trabajo de investigación a un destacado personaje de la intelectualidad segoviana, afectado en su propia familia por la represión franquista, a pesar de parecerle muy interesante el estudio y digno de ser publicado, vio las dificultades de hacerlo en estos momentos, por ser también de la opinión de que la guerra civil aún no está superada. Incluso jóvenes que conocen mis estudios sobre la represión consideran que es un tema poco apropiado y que puede “reabrir heridas”.

En el Archivo Histórico Militar de Ávila, donde en la actualidad se albergan los fondos de los ejércitos republicano y nacional, tampoco se ha superado la guerra civil puesto que la nomenclatura sigue siendo la que se impuso durante la dictadura. Los fondos se encuadran en el denominado “*Archivo de la Guerra de Liberación*”, y los índices de consulta continúan agrupados en dos bloques nombrados “*Zona Nacional*” y “*Zona Roja*”.

Ahora bien, ¿cuál es la causa o cuáles los factores por los que la guerra civil no ha sido superada? A mi entender gran parte de responsabilidad la tienen los dirigentes de los partidos políticos españoles que durante la transición del régimen franquista a la democracia incluyeron entre los pactos excluir la guerra civil de los temas de discusión política. Esta exclusión se hizo sin realizar previamente la investigación necesaria para que todos los españoles conociéramos lo ocurrido durante la contienda. Se cerró la puerta en falso, queriendo dejar la guerra civil en el olvido. Se impuso la interpretación oficial de que en una guerra civil se cometen crueldades en ambos bandos, para que los herederos políticos de los contendientes no se echaran en cara los asesinatos unos a otros.

La consigna oficial era no desenterrar viejas heridas para no herir sensibilidades, especialmente las del Ejército, que todavía en 1975 era mayoritariamente simpatizante, cuando no militante, del franquismo. Entre sus mandos, aún entonces en activo, había un gran número de excombatientes del ejército vencedor de la guerra civil.

Era necesario superar el difícil trauma de la fractura civil que supuso la guerra, pues como escribe Tierno Galván: *“Es un hecho que las guerras de significado ideológico más profundo sobreviven a las guerras de mayor volumen y duración”*⁴. Así ocurrió con nuestra guerra que fue la primera batalla europea de la democracia contra el fascismo.

Pero antes de profundizar en el tema, hay que establecer y clarificar el marco de la investigación. La guerra civil vino “determinada” por una sublevación militar para derrocar la legalidad vigente y la resistencia que a la misma opuso una parte importante de la población. Pero los vencedores de la guerra y sus herederos ideológicos se empeñaron en presentar dicha sublevación, que abrió paso a la guerra, como “necesaria” e “inevitable” dada la situación del país. De esta “justificación” ideológica se derivaron las demás: la guerra misma y la “necesaria” o “incontrolable” represión.

Como la historia la escriben los vencedores, todo este montaje de justificación ideológica ha gozado durante 40 años de todos los recursos del estado sin posibilidad de réplica. Ha sido constante la deformación histórica de los hechos, su justificación ideológica y su instrumentalización política. Esto origina las tremendas dificultades con que se tropieza a la hora de desmontar ciertos mitos (algunos muy pro-

4. Citado por REIG TAPIA, A., *op. cit.*, p. 13.

fundamente arraigados), que la propaganda política del régimen franquista se encargó de infundir en el pueblo español. Por todo ello, afrontar el tema de la guerra civil en general y el de la represión en particular es todavía una cuestión delicada.

Los historiadores franquistas se limitaron a negar el hecho de la represión ejercida sobre los vencidos pues la España de Franco se limitaba a “hacer justicia” con los “asesinos”, los demás no tenían nada que temer. Al principio se negaba que hubiese existido terror en la zona nacionalista pues sólo se habían cometido excesos en el lado republicano. Posteriormente llegaron a admitirse ciertos desmanes por parte nacional, si bien se trataría de casos aislados y como respuesta a atrocidades de la “horda”. Sirva como ejemplo la justificación que hace la jerarquía eclesiástica en su pastoral colectiva de apoyo al bando franquista⁵. El paso siguiente fue pretender minimizar lo ocurrido, se buscaba ocultar que dicha represión no tuvo nada de espontánea, y que se ejercía con el beneplácito, el encubrimiento y la impunidad de las autoridades franquistas que se aplicaron a una “política de exterminio” de los oponentes políticos.

Cuando desde el régimen anterior se comenzó a reconocer la represión ejercida en zona nacional llegaron los estudios cuantitativos sobre la represión (Ramón Salas Larrazábal con sus *Datos Exactos y Pérdidas de la guerra civil*), que presentan un discurso ideológico tendente a disimular, minimizar el alcance de una represión que se había venido ocultando a la mitad del país y negando al exterior. Y si además las cifras que aportan no responden a la realidad puede ser un deseo de disfrazar la dimensión real de la represión franquista. Por ejemplo el resultado de mi estudio realizado sobre la provincia de Segovia son 356 personas fusiladas, mientras que Salas afirmaba que no habían sido más que 147⁶. Si para una pro-

5. “Tiene toda guerra sus excesos: los habrá tenido sin duda el movimiento nacional: nadie se defiende con total serenidad de la locas arremetidas de un enemigo sin entrañas. Reprobando en nombre de la justicia y de la caridad cristianas todo exceso que se hubiese cometido, por error o por gente subalterna y que metódicamente ha abultado la información extranjera (...) hay una distancia enorme, infranqueable, entre los principios de justicia, de su administración y de la forma de aplicarla entre una y otra parte”. Boletín Oficial Obispado de Segovia, 16/08/37.

6. SALAS LARRAZABAL, Ramón. *Pérdidas de la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 371. Por otro lado, la tesis realizada sobre la represión en Segovia lleva por título: “Control sociopolítico e imposición ideológica. La provincia de Segovia, 1936-1939. Un episodio de la implantación del régimen de Franco”. Ha sido presentada en junio de 2002, en el Dpto. de Hª Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid.

vincia como Segovia su cifra no llega al 50% de la realidad de lo que ocurrió, ¿qué sucederá donde la represión franquista fue numéricamente mucho más importante? (Sevilla, Córdoba, Valladolid...).

Durante toda la dictadura franquista se habían estudiado exhaustivamente, exagerado y utilizado con fines políticos, las atrocidades “rojas” cometidas en el bando republicano. A raíz de la muerte de Franco se comenzó a investigar, por la iniciativa privada de algunos historiadores, la represión franquista. Esta investigación no ha sido nada fácil, ha tropezado con numerosas trabas, los archivos militares tardaron muchos años en abrirse a los historiadores civiles (pues los castrenses como los hermanos Salas Larrazábal no tuvieron ningún impedimento para sus investigaciones).

En estas dificultades tienen su responsabilidad las pervivencias del franquismo que se han mantenido en diversos ámbitos de la administración. Con la transición no se produjo un corte histórico que supusiera una renovación institucional y una drástica sustitución de los hombres que iban a presidir la nueva situación histórica. Como bien explica Reig Tapia en este sentido, *“la permanencia de personajes estrechamente vinculados al antiguo régimen en importantes puestos de la burocracia y de la maquinaria administrativa, así como la politización de importantes sectores del estamento militar y cierta inercia franquista en los aparatos del estado, dificultan enormemente el acceso a documentación básica para el estudio de la represión”*⁷.

A pesar de las dificultades se comenzaron a realizar estudios exhaustivos sobre la represión de un modo territorial. A lo largo de los últimos 20 años se han completado las investigaciones sobre 24 provincias, como se recoge en el compendio coordinado por Santos Juliá, publicado en 1999⁸. A estos trabajos hay que añadir algunos que están en elaboración o recientemente finalizados⁹.

7. REIG TAPIA, A., *op. cit.*, p. 20.

8. JULIÁ, Santos, coordinador, *Víctimas de la guerra civil*, Temas de hoy, Madrid, 1999, p. 411.

9. Se han publicado ya *La represión franquista en Lugo*, Edicions do Castro, Lugo, 2001, de María Jesús Souto Blanco y *La guerra civil en Valladolid (1936-1939). Amaneceres ensangrentados*, de Ignacio Martín Jimenez, Ámbito, Valladolid, 2000.

3. La transición

Como dice el historiador ruso M.N. Pokrovski, “la historia debe enfocarse desde la perspectiva de las necesidades políticas del momento, por tanto, la historia es la proyección de la política hacia el pasado”. Siguiendo este razonamiento los artífices de la transición se sirvieron de la Historia, silenciándola, para hacer triunfar su proyecto político de instauración de la democracia como una reforma del franquismo.

Este proceso de transición de un régimen dictatorial a un sistema democrático, oficialmente, en términos políticos, fue “ejemplar” porque se desarrolló de un modo pacífico y no provocó una nueva guerra civil, como muchos se temían. Los políticos y un sector de la intelectualidad dicen que incluso se podía exportar a otros países como modelo a seguir.

Tusell es uno de los complacidos exponentes de que la transición no podía haberse hecho mejor. Justificaba el punto y final sobre la guerra civil otorgando un papel importante a la Historia, pero temía que el peso de la Historia desempeñara un papel de enervante de un posible enfrentamiento. Para él la sanción a los represores se convertía en poco recomendable porque podía desencadenar un proceso de mutuos reproches y, lo que era más grave, no garantizaba la existencia de un orden aceptado por todos y capaz, al mismo tiempo, de satisfacer a todos. Todo ello explicaba, según Tusell, el *papel relevante desempeñado por la Historia*, como ciencia y como lectura habitual, durante la transición. Termina su razonamiento aplaudiendo el buen hacer de los políticos, pues, si bien “*la guerra civil se presentó como una ‘tragedia inevitable’ (...) también perduró como un motivo de enfrentamiento potencial que, si no se tradujo en la práctica, fue porque la clase política del momento tuvo el buen acuerdo de desactivarlo*”¹⁰.

Pero no todos los intelectuales están de acuerdo con esta visión, existen muchos críticos que ven de modo negativo el proceso de transición. Uno de los más críticos con el proceso de transición es Manuel Morán, quien hizo una desmitificación del consenso tan aplaudido a nivel nacional e internacional. Explica Morán que

“la apariencia dice que todo consenso es un acuerdo entre las partes en el que cada una cede algo en sus aspiraciones para lograr una base mayor

10. TUSELL, Javier y SOTO, Álvaro (eds.), *Historia de la transición 1975-1986*, p. 125.

de apoyo. La realidad atestigua que todo consenso es el reconocimiento de la inferioridad de una de las partes y el temor de la otra, más fuerte, a que la imposición de su programa acarree consecuencias que demuestren su debilidad. El consenso es la autoconciencia política de una situación de mutua fragilidad, en la que nadie está en condiciones de asumir el riesgo de quedarse solo, de aislarse. El aspecto falaz de un consenso no está en llegar a él, sino en enmascarar como voluntad lo que no es sino necesidad. No es que quieran el consenso, es que no tienen más remedio que consensuar”¹¹.

Además últimamente se va imponiendo la tesis oficial de que incluso Franco, ya a finales de los años sesenta preparó el camino de la democracia actual que vivimos. Así lo venía intuyendo Elías Díaz en 1985, *“Al paso que vamos –y a pesar de los historiadores más serios por evitarlo– me temo que para algunos esa va a ser pronto, si no lo es ya, la definitiva conclusión acerca de lo ocurrido en este país en los últimos decenios: Franco, y a su través, los tecnócratas franquistas serían los verdaderos artífices de la transición a la actual democracia”¹².*

Lo que ya actualmente parece una realidad historiográfica lo ha constatado Manuel Ortiz Heras:

“La llegada de la democracia al Estado Español y la progresiva consolidación del sistema han propiciado un cambio singular de nuestra ‘memoria histórica’ reciente. El proceso de transición democrática exigió inicialmente el olvido del pasado político de personas y procesos vinculados al franquismo. Posteriormente se ha reivindicado la memoria de algunas personas y, conjuntamente, la obra de la dictadura. Esta dinámica social ha segregado una interpretación del franquismo que ha destacado sus elementos de progreso, de estabilidad y de cohesión social. En el campo de la historia, esta valoración parece traducirse en una visión de la transición como el resultado de la modernización del franquismo (denominado aperturismo) y la obra de Tusell (su biografía de Carrero Blanco) sería el último ejemplo de este tipo de interpretaciones”¹³.

11. MORÁN, Gregorio, *El precio de la transición*, Planeta, Barcelona, 1991, p. 154.

12. DÍAZ, Elías, *La transición a la democracia. Claves ideológicas 1976-1986*, Eudema, Madrid, 1987, p. 195. Artículo titulado “Franco artífice de la transición”, publicado en *El País*, 30/12/85.

13. ORTIZ HERAS, Manuel, “La violencia en la historia reciente de España. Albacete 1936-1950”, *Añil, Cuadernos de Castilla-La Mancha*, pp. 56-62.

4. El pacto de silencio que lleva al olvido

Debido a la fragilidad de la situación política durante la transición, se llegó a un pacto de silencio implícitamente acordado entre las distintas fuerzas políticas sobre los aspectos más negros del franquismo, que lógicamente arrancaban en la guerra civil momento en el que se instauró ese régimen. Uno de los actores de la transición, Rafael Arias-Salgado explicaba sin tapujos: *“el consenso fue una manera de imponer límites y silencios al debate nacional”*¹⁴.

En aras de no agudizar la inseguridad de la situación política hubo que admitir, en palabras de Morán, *“una falacia tan burda como la que en aquella pelea no había vencedores ni vencidos, sino que todos (...) se ofrecían para arrinconar a los irreductibles del viejo régimen (...) líderes responsables sellaban un pacto de honor (...) para un futuro común y un pasado inexistente”*¹⁵.

A raíz de la muerte de Franco se inicia un proceso de *“desmemorización colectiva”* (término acuñado por Gregorio Morán), no de olvido, sino de algo más preciso y voluntario, la capacidad de volverse desmemoriado. Los dirigentes políticos fueron conscientes de que la memoria era un elemento que dificultaba el camino hacia una democracia estable.

Primero se limitó el olvido a lo más sangrante y lejano, la guerra civil, luego a los tiempos intermedios, la dictadura, y por fin a lo más inmediato, el final del franquismo. Sin protagonistas, no hay tragedia que rememorar.

El sociólogo Víctor Pérez Díaz explicaba que conforme se producía el *“esfuerzo constitucional”* de los pactos y acuerdos se daba un *“esfuerzo cultural paralelo, en parte consciente y en parte inconsciente, en olvidar algunos fragmentos de nuestra historia (...) el pasado franquista ha sido no tanto denunciado cuanto silenciado”*¹⁶.

Cancelar los pasados fue instrumentalizado en función de una pretendida reconciliación de los españoles. Había que dar por superada la división nacida en torno a la guerra civil y alimentada durante la feroz posguerra. Lo que era una prueba de

14. *Cuenta y Razón*, diciembre de 1988. Citado por MORÁN, Gregorio, *op. cit.*, p. 88.

15. MORÁN, Gregorio, *op. cit.*, p. 24.

16. *El País*, 23/06/90.

que no estaba superada, sino latente, cuando se exigía a una parte –los perdedores– el olvido, como condición para poder participar en el nuevo juego político, social y cultural, elaborado durante décadas por los vencedores. Se ampliaba el ámbito, pero se conservaba la hegemonía de quienes habían vencido.

El temor a alterar la paz, aun entendiéndola como paz armada de la dictadura, hubo que considerarlo atentamente a la hora de adaptarse a las condiciones que impusieron los herederos de Franco para alcanzar la democracia. La paz, por más falsa que fuese, constituiría un chantaje permanente durante la transición.

Ahí está la diferencia entre la conciencia europea sobre la segunda guerra mundial –libertad frente a totalitarismo– y la ausencia de conciencia española, o la deformación de la concepción sobre la guerra civil. En España se desarmó la guerra civil, el más brutal conflicto ideológico y político del siglo. Se confirmaba así que al final siempre se impone la tesis de los vencedores. Como escribe Morán: *“En aras de difuminar el periodo de la II República, la guerra civil se convirtió en el recurso imposible, la apelación a lo que no debe hablarse, aquello que impediría afrontar nuestro pasado. ¡Pues vivamos sin pasado! Y así se hizo”*¹⁷.

Para Morán es muy importante en este proceso de ocultamiento del pasado el papel jugado por los medios de comunicación, concretamente *“la vertiginosa carrera por la reubicación de notorios periodistas y muy en concreto de los creadores de opinión. Ese chantaje compartido por la profesión periodística –oficio público por excelencia– y que podría ser válido para otros cuerpos de funcionarios, catedráticos, magistrados y comisarios de policía, nos permite entender el papel desempeñado por los medios de comunicación, en general, en la salvaguarda y ocultamiento del pasado”*¹⁸.

El franquismo significaba un agujero negro en el que convenía no entrar si no era para señalar generalidades justificatorias sobre el tiempo, la época y las esclavitudes de la historia. Todo en genérico. El contraste entre la II República y la dictadura franquista constituía una provocación, no un ejercicio de reflexión obligada.

17. MORÁN, Gregorio, *op. cit.*, p. 86.

18. MORÁN, Gregorio, *op. cit.*, p. 93.

Este pacto de silencio tenía su importancia a nivel político en cuanto al valor pacificador, pero supuso demasiados costes que no tardaron en denunciar diversos intelectuales.

A todos les parecía razonable que para la pacífica convivencia del país se estableciera un tácito pacto de honor que impidiera arrojarse mutuamente a la cara antiguas biografías, dudosas o turbias actuaciones políticas. Pero lo que ya pareció inaceptable para los historiadores o investigadores es que se impidiera estudiar científicamente un acontecimiento histórico, la guerra civil, y que no se le otorgara la consideración de tal acontecimiento, pues, como ocurre con cualquier hecho histórico, cuanto más se dificulta su estudio, más tiempo tarda en convertirse, definitivamente, en mero documento de archivo.

Laín Entralgo denunciaba que el drama de la guerra civil no había sido histórica, moral y políticamente bien resuelto y que si no se pretendía una cicatrización en falso, un olvido fingido o irresponsable, debía exigirse a la Historia su condición de “magistra vitae” y que, por tanto, debía repararse de alguna manera la consideración de los vencidos como “antiespañoles”, “asesinos”, etc. Para el intelectual católico se había martilleado el cerebro de los españoles con el tema del terror rojo, haciendo de Paracuellos todo un símbolo, pero los asesinatos del otro bando (Badajoz, Córdoba,...) no habían tenido su correspondiente Causa General. Echaba la culpa de ello a los partidos políticos de la oposición democrática.

Desde otra óptica, Jorge Semprún opinaba que el problema de la ocultación y de la guerra civil era muy concreto y estaba muy politizado. Para este escritor el pacto de la Moncloa implicaba el olvido: “*O sea la interpretación de la reconciliación nacional como olvido mutuo, no como planteamiento histórico de las cuestiones, sino como olvido de los problemas...*”¹⁹.

Jiménez Losantos escribió lapidariamente sobre las consecuencias del pacto de silencio, “*Convencidos hoy tantos y de tantas formas de que es imposible repetir aquella historia podrán atreverse tranquilamente a desconocerla*”²⁰.

19. *Triunfo*, nº 857, 30/04/79.

20. JIMÉNEZ LOSANTOS, F., *Lo que queda de España*, Ajo Blanco, eds., Barcelona, 1979, pp. 151-152.

Otro intelectual que abundaba en la denuncia del forzado silencio y olvido de los años más negros de la dictadura era José Vidal Beneyto, quien argumentaba que *“para evitar la ruptura democrática y sustituirla por la autorreforma del franquismo se les practicó a los españoles la ablación de la memoria histórica (...) No hay acción sin identidad, ni identidad sin historia. Hay que recuperar los orígenes. Cada uno los suyos. Y devolverle a la victoria su provisionalidad y al franquismo sus vencidos”*²¹.

La instauración de una monarquía heredera del franquismo supuso unos costes elevados para una generación de españoles que defendieron la legalidad republicana en la guerra. Estos españoles se sintieron sin régimen al que identificarse y sin símbolos a los que respetar; no digamos sentir suyos. Una bandera, un himno, una concepción de patria a las que no podían contemplar sin desdén. El precio de la pacificación y la tranquilidad se hacía a costa de enterrar cuantas convicciones habían solidificado su vida.

5. Conclusión

La guerra civil española no ha sido superada aún, a más de sesenta años de su finalización. No se pueden tratar con naturalidad, sin herir susceptibilidades, ciertos temas relacionados con ella, por ejemplo la represión. Todavía no son temas exclusivamente objeto de estudio de historiadores.

El capítulo de la represión es la primera y fundamental página negra de la Historia del franquismo porque fue la base sobre la que se consolidó el régimen. Muchas veces se quiere pasar por encima de la represión con el encomiable propósito de no contribuir a reabrir las heridas producidas por la guerra civil. Pero como escribe Reig, *“no hay que confundir lo que llaman revanchismo con la ineludible necesidad de recomponer los trazos esenciales de nuestra historia pasada por dolorosa que esta sea”*²². Es necesario devolver a los españoles las señas de identidad y el sentido de su historia.

No es buena política dejar cuentas por saldar, y menos históricas. Las cuestiones pendientes como la represión franquista no se solucionan con el paso del tiempo.

21. “La victoria que no cesa”, *El País*, 14/12/80.

22. REIG TAPIA, A., *op. cit.*, p. 19.

po dejándolas dormir el sueño de los justos. Mientras no se pueda acceder libremente y sin restricciones a toda la documentación generada por el franquismo y pueda, en consecuencia, hablarse y escribirse abiertamente y sin eufemismos, habrá siempre una cuestión pendiente con la dictadura.

Es muy conveniente, necesario e históricamente saludable, contar la guerra civil sin eufemismos. Para que el conocimiento del horror de entonces, por la España de hoy, haga sociológicamente imposible desembocar en una situación histórica similar.

Ya va siendo hora de que los hechos que han desatado pasión y se han utilizado para fomentar la polémica entre los españoles se conviertan en *hechos históricos*, es decir, documentados, admitidos e insertos en la totalidad histórica. Lo que no quiere decir que ante ellos cada uno los vea desde su prisma conformado por la ideología, los sentimientos,... Así debe ocurrir con todos los hechos históricos, sean la guerra civil española, la revolución bolchevique o las guerras de Yugoslavia o Palestina; cada cual los sentirá según su escala de valores, pero su *conocimiento histórico* debe tener un mínimo rigor objetivo y un máximo desprendimiento de la carga ideológica.